



Sol Berlanga
*La vuelta
al mundo
de una
desquiciada*

ÍNDICE

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Capítulo 1. Una vida ¿perfecta?

Capítulo 2. Cuando las señales son más que evidentes y aun así te niegas a verlas

Capítulo 3. Sin vuelta atrás... o con toda la vuelta

Capítulo 4. ¡Atención, peligro, Elsa en un avión!

Capítulo 5. A lo loco en Brisbane

Capítulo 6. Mujer española acosa a hombre brasileño

Capítulo 7. ¿Por qué todo tiene que pasarme a mí?

Capítulo 8. De tsunamis en tsunamis

Capítulo 9. Piensa mal y acertarás... o no

Capítulo 10. A lo *Sexo en Nueva York*, pero... ¿con el sexo?

Capítulo 11. La guerra de mis padres con acento argentino

Capítulo 12. ¿Por qué lo llaman destino cuando quieren decir casualidad?

Capítulo 13. El único animal que tropieza «n» veces con la misma piedra

Epílogo. La última tentación antes de la catástrofe

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Com-
parte

SINOPSIS

Como es marca de la casa en esta colección, se trata de una historia realista, en clave de humor, protagonizada por una mujer, en este caso, una empleada de banca a la que el karma le da un aviso indiscutible: el mismo día que su prometido le pone los cuernos, la echan del trabajo y esquiva por muy poco un accidente mortal.

Ante tal cúmulo de señales, no le queda otra que tomar una decisión radical: gasta sus ahorros en un billete de avión para dar la vuelta al mundo, con escalas en Australia, Tailandia y Brasil.

Lo malo de tanto trajín es que: a) por muchos kilómetros que se recorran, los problemas tienen la mala costumbre de no dar tregua; b) cuantas más vueltas se den, más probabilidades hay de que una se encuentre a sí misma; y c) es una verdad universalmente reconocida que el amor tiene la mala costumbre de aparecer cuando menos preparada está una para recibirlo.

*A las dos personas más importan-
tes de mi vida.
Ellas saben quiénes son.
Y a mis padres.*

CAPÍTULO 1

UNA VIDA ¿PERFECTA?

Me quedaban cuatro meses para cumplir treinta años y, si lo pensaba detenidamente, tenía todo lo que alguien pudiera desear. Podría decirse que disfrutaba de una vida perfecta porque... ¿con qué soñaban las mujeres de mi edad para ser felices?

¿Con un novio...? ¿Con un marido...?

Me iba a casar a finales de año con mi chico de toda la vida, Eric. Guapo, simpático, buena persona, o eso pensaba yo. Eric era relativamente hábil en la cama, apenas discutíamos, nos llevábamos bien, sin sobresaltos. Además, nuestras familias, algo bastante infrecuente en estos casos, se adoraban la una a la otra. Y un fin de semana sí y otro también, nos juntábamos todos en el chalé serrano de mis suegros para engrasarnos con una succulenta barbacoa, si hacía buen tiempo, claro.

¿Qué más necesitaba...? ¿Un trabajo...?

Desde hacía cinco años trabajaba con contrato fijo en un banco de renombre internacional, en una sucursal del madrileño barrio del Pilar. Había estudiado ADE en una universidad privada costeada por mi abuela, un encanto de mujer, y luego un MBA que me pagué yo con el dinero ganado trabajando los veranos durante la carrera. No sé si lo hice porque era lo que me gustaba o porque era lo que a mis padres les parecía lo mejor. Y, bueno, no es que fuera directiva de una multinacional, pero con los tiempos que corrían, en plena crisis económica, como se solía decir, tener trabajo fijo en un banco era un auténtico chollo. En concreto, mi labor consistía en vender productos financieros con tentadoras rentabilidades a gente adinerada y también a espa-

ñolitos de a pie con escasos ahorrillos que confiaban ciegamente en el banco y, sobre todo, en mí, la señorita Elsa.

Así que yo estaba encantada, era feliz, muy feliz. ¿Qué más le podía pedir a la vida? ¿Un piso...?

Pues poseía uno en propiedad en el centro de Madrid. Mi abuela, mi queridísima abuela, al morir, dos años antes, me había dejado en herencia su ático en Chamberí, amplio, tres dormitorios, gran salón, cocina recién reformada y dos baños. Techos altos y unas vistas espectaculares de los tejados de la villa y corte.

No necesitaba nada más para poder decir que mi vida era perfecta. Novio, casi marido, trabajo para toda la vida y un pisazo para disfrutar a tope nuestra historia de amor. ¿O sí necesitaba algo más?

¿Un bodorrio? ¡Para nada! Pero mi madre se había empeñado en que sí lo necesitaba. Cómo no, tenía que ser una boda a la altura de mi estatus social, de la categoría de la familia Agustín Navas y Pilar Martos. Un bodorrio por todo lo alto en Linares, el pueblo de mis abuelos. Una ceremonia que dejara boquiabiertos a los centenares de invitados. Ante tal acontecimiento, sufrí una especie de ataque de responsabilidad, de hacerlo todo perfectamente.

El tiempo se echaba encima y sentía que no estaba preparando el enlace matrimonial como era debido. ¿Sería capaz de controlarlo todo? En especial, porque eran días de intenso trabajo en el banco y mi presencia en él era ineludible. Mi madre se había ofrecido para ser mi *wedding planner* y se estaba encargando de gestionar las invitaciones que, por cierto, un detallito de originalidad, iban a ser comestibles con sabor a gominolas.

Tenía que ser la boda perfecta para la pareja perfecta. ¿Pero... éramos una pareja perfecta...?

Es verdad que nos llevábamos bien, que no discutíamos nunca, pero es que ese era el problema... ¡¡No discutíamos nunca!! En consecuencia, nunca había reconciliaciones. Y, lo que es peor, nunca había enfervorizados *tequeros*, porque ya se daban por sobrentendidos. Por mucho que se sobrentienda, a veces una necesita que se lo digan, pero, claro,

no iba a ser yo la primera que diera el paso. Deja de pensar tonterías, me decía. Es tu novio de toda la vida, las chicas se peleaban por él en la universidad y te lo llevaste tú.

Aceptó vivir conmigo en casa de mi abuela, yo no le pedía nada a cambio, y pagábamos los gastos y la comunidad a medias. No había problemas de ningún tipo. Vale que tampoco nos acostábamos tan a menudo como al principio, pero es que, claro, la rutina hace que te apetezca menos, que disfrutes más de ver la tele juntos, una buena película, una serie de esas a las que te enganchas y te generan mono por verlas. Y cuando teníamos sexo, se nos daba bien, muy bien, aunque a veces teníamos que esforzarnos, programándolo en una especie de *planning* semanal.

Eric, diseñador gráfico *freelance*, trabajaba en casa. Le iba bastante bien y era muy reconocido profesionalmente ya que había ganado algunos premios con sus carteles de películas. Yo estaba todo el día en el curro y, cuando volvía, lo único que deseaba era estar en el sofá abrazada a mi chico y, si se terciaba, irnos a la cama a hacer el amor. O en el mismo sofá, que también ocurría muchas veces. Esto hacía olvidarme de todos los problemas del trabajo y de la preparación de la boda, con la que parecía, a veces, que mi madre estaba más ilusionada que yo.

Esto fue así al principio de nuestra convivencia. Con el tiempo, Eric se pasaba el día en su estudio y, por la tarde o ya de noche, lo único que quería era salir a tomar una copa en alguno de los muchos bares de la calle Ponzano, ir a jugar al fútbol en el polideportivo del Barrio del Pilar o a correr en las pistas del Canal de Isabel II. Obviamente, poco a poco fuimos perdiendo la sincronización afectiva del principio. Entre otras razones, porque yo, casi siempre, prefería quedarme en casa. No me importaba. Así podía ver programas de decoración en la tele mientras navegaba con el iPad por las redes sociales.

Un día de finales de agosto, a las siete de la mañana, mientras me duchaba, sonó el móvil. Eric dormía, se había quedado trabajando hasta tarde la noche anterior, y me

precipité sobre el *smartphone* para que no le despertara. Era, no podía ser otra, mi madre.

—¡Mamá, se puede saber qué haces llamando a estas horas! ¡Que vas a despertar a Eric! —le recliné.

—Pensar en tu boda, hija, pensar en tu boda. Que es precisamente lo que deberías estar haciendo tú. —Me seguía hablando como si fuera una niña de cinco años—. La semana que viene te tienes que coger tres o cuatro días libres para ver vestidos, buscar los zapatos y para ir un día a Linares a probar el menú. Y avísale lo del viaje a tu novio, aunque como trabaja de autónomo, no tiene ningún problema.

—Mamá, ya me pedí dos días la semana pasada para acompañarte a por tu vestido para la boda. Que tiene narices que tú te lo hayas comprado antes que yo. Tengo contrato indefinido, pero en el banco no son gilipollas.

—Niña, estás en tu derecho. Te vas a casar. Tu jefe lo entenderá.

—Estamos haciendo el lanzamiento de una serie de productos nuevos, mamá. Debería esperar un par de semanas para pedirme esos días.

—¡De eso nada! Ya he quedado con Mauri, el diseñador, que es amigo mío, en que iríamos la semana que viene y tiene lista de espera de cuatro meses. Vamos, que me está haciendo un favor. Así que tú verás.

—¡Joder, mamá! —Transición—. Bueno, veré lo que puedo hacer.

Jamás me imaginé que organizar una boda generara tantas complicaciones. De hecho, creo que no las tiene, lo que pasa es que la sociedad de consumo nos lía para que lo embrollemos todo.

Me vestí a toda velocidad porque la llamada de mi madre me había hecho perder el tiempo que tenía perfectamente planificado para arreglarme. Me puse un vestido moderno, pero clásico. Me explico. Trabajaba en un banco. Por tanto, no podía ir hecha una *hippy*, pero yo siempre buscaba un toque juvenil dentro del clasicismo sin perder,

eso sí, la elegancia. Yo me entiendo. De esta manera me demostraba a mí misma que todavía tenía veintitantos.

El vestido elegido me lo había comprado en una pequeña tienda de una calle paralela a la mía, donde la propia diseñadora atendía al público. Toda una exquisitez. Me miré al espejo y me dije: «Hoy puede ser un gran día».

Tras maquillarme, salí del baño. Eric dormía espatarrado, ocupando toda la cama. Roncaba ligeramente y, entre las sábanas, asomaba parte de su barriga. Me encantan las barriguitas masculinas, siempre que no sea algo descomunal, claro. Solía apoyarme a veces en la suya mientras veíamos alguna serie en el sofá. Le di un beso y él balbuceó algo ininteligible.

Por fin, salí de casa. Después de todo, claro que sí, tenía una vida guay.

Mi horario de entrada en la sucursal eran las ocho y media de la mañana. Quince minutos antes ya había llegado a la cafetería de enfrente, donde solía tomarme un café con leche y una tostada integral impregnada de aceite de oliva, tomate triturado y una pizca de sal. Desayunar fuera de casa cada mañana y tranquila era el único vicio que tenía. Bueno, lo de «único» es un decir.

Mientras disfrutaba de mi «momento desayuno», entró en la tienda una gitana treintañera de pechos amelonados, redonda como un tonel, portando varias ramitas de romero en la mano. Me vio al final de la barra y, sin dudar, se dirigió hacia mí.

—Niña, ¿quieres tener un día maravilloso...? ¡Cómprame una ramita del romero de la *güena* suerte! ¡Anda, cómprame, preciosidad, que vas a tener en tu *vía to* lo que de-sees! —me pronosticó, acercando el romero a mi nariz.

—Lo siento. No tengo suelto —me disculpé al tiempo que me apresuraba en apurar la taza.

—Venga, *resalá* —insistió—. Seguro que hay algo por ahí. Anda, mira en el bolso, que tengo tres chiquillos muertos de hambre.

Nunca me ha gustado ser una pardilla, pero al final me dio pena rechazar a aquella pobre mujer, así que le hice ca-

so y rebusqué en el bolso. La mentirijilla de que no tenía suelto resultó ser verdad. Miré en mi monedero y sólo poseía dos euros cincuenta, lo justo para pagar el desayuno.

La miré directamente a los ojos.

—De verdad, no tengo nada. Sólo para pagar el café. Te lo prometo.

Me dedicó una mirada encendida de ira, concentrando en ella toda la mala uva que fue capaz de reunir.

—¡Mala sangre tienes, *malnacía!* —Entrecerró los ojos—. ¡Ojalá tengas el peor día de tu *vía!*

Y con las mismas, se dio la vuelta y se largó de la cafetería.

Un momento... Rápidamente, rebobiné la escena anterior. ¿Me habría echado mal de ojo...? Había visto algo parecido en un *docu-reality* de esos de la Cuatro. Así era como se hacía. ¡Madre mía! Yo no creía en estas cosas, pero, como nunca me había pasado, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

Miré la hora, eran las ocho y media pasadas. Terminé el desayuno en un santiamén y con una sensación extraña, más que desagradable, me dirigí al banco.

Comenté lo ocurrido con Sandra, una de las cajeras, mientras Paco, el director de la oficina, colgaba el abrigo en la percha con expresión sombría. Sandra me tranquilizó aseverando que no pasaba nada, que lo del mal de ojo era una estupidez, que de un millón de malaventuras que echaban las gitanas acertaban una.

De un millón..., una.

Esa una fui yo.

Cuando llegó por fin Alfredo, el asesor en fondos de inversión, Paco nos dijo que antes de abrir al público tenía que hablar con nosotros. Una vez todos en la sala de reuniones, cerró la puerta. Nada bueno presagiaban su tenso semblante y su mirada a la deriva.

—¿Qué pasa, Paco? —le pregunté, intentando controlar mi ansiedad.

—Me temo que no tengo buenas noticias. —Su tono de voz era tan mustio como su geografía facial.

—¿Un ERE? —Sandra siempre quería adelantarse, como si estuviera en un concurso de televisión apretando el pulsador.

—No exactamente. —Paco se preparó para el fatídico discurso. Carraspeó para aclararse la voz y continuó su exposición—: Como sabéis, el banco está apostando por el desarrollo digital y pretende que los clientes realicen el mayor número de operaciones a través de internet. Es decir, pretende reducir el número de oficinas para ahorrar costes.

—Y nos ha tocado. —Otra vez Sandra adelantándose a los acontecimientos.

—Pues, por desgracia, sí.

—¿Y qué pasa con los trabajadores? ¿Nos reubican? —planteó de nuevo la cajera.

—Me temo que no. Eso sí, os van a dar la indemnización máxima.

Estoy despedida, acepté irremediabilmente. Me quedo sin trabajo. La gitana de los ramitos de romero había logrado su propósito. No era mi trabajo soñado, pero, joder, era un trabajo y, tal como estaba el patio con la crisis, lo iba a tener complicado para encontrar otro. Conocía a un montón de amigos parados de larga duración porque no había nada de nada. Ay, Dios mío, y ahora, ¿cómo se lo iba a contar a mi madre?

Y, para más inri, tenía una boda que organizar, que con todo lo que estaba intentando meter mi madre en ella me iba a costar un riñón. Bueno, a mí y a Eric que, como era *freelance*, tampoco tenía una gran estabilidad económica.

Me entró tal angustia que me dieron unas ganas de vomitar increíbles. Fui directamente al baño y empecé a arrojar todo el desayuno.

—¿Te encuentras bien? —Alfredo, que siempre había intentado ligar conmigo, se preocupaba por mí desde fuera del baño.

—Sí, ya estoy mejor. Gracias, Alfredo.

—Dice Paco que, si queremos, le entreguemos los temas pendientes y nos marchemos.

—Me alegro —le espeté, notándome el agrio sabor del vómito todavía en mi boca—. No pienso pasar un minuto más aquí.

Saqué del bolso mi cepillo y mi pasta de dientes y empecé a lavármelos. Alfredo, desde fuera, me seguía hablando.

—Había pensado que podíamos ir a dar una vuelta y charlar un poco. Si te digo la verdad, yo ya estaba hasta los huevos de este trabajo. Tengo ideas, ¿sabes? Muy buenas ideas. Igual podíamos montar algo juntos...

La sola propuesta de Alfredo me hizo regurgitar de nuevo. Si me fuera a trabajar con él, me estaría tirando la caña todo el rato y lo último que haría sería ponerle los cuernos a Eric con aquel *pijales*. Me fui directamente a meter la cabeza de nuevo en el WC.

—¿No estarás embarazada?

La pregunta me hizo sentir una punzada en la sien que, décimas de segundo después, se trasladó a mi estómago. ¿Embarazada...? No, no podía ser, no me podían pasar dos contratiempos tan importantes en el mismo día. ¡No, por Dios, no! ¡En estos momentos, no! ¡Que me había quedado sin trabajo!

Me recompuse, me volví a lavar los dientes, me arreglé como pude el pelo, me pinté de nuevo el ojo. Y salí del baño.

—¿Vamos a tomar un café, entonces, y hablamos de posibles negocios? —me planteó Alfredo, el tío más pesado del mundo.

—Mejor, no. De negocios en común, nada. Tú ibas a estar todo el tiempo queriendo acostarte conmigo y yo siempre te estaría diciendo que no. Sería un monotema y, como comprenderás, así no puede funcionar bien un negocio.

Alfredo se quedó con la boca abierta, sin saber qué contestar.

No solía ser tan directa, pero el hecho de encontrarme en una situación límite, recién despedida, y con la duda de si estaba o no embarazada, me había dejado sin filtros sociales.

Dios mío. ¿Y si estaba embarazada de verdad? Eric y yo habíamos hablado de tener hijos, sí, pero más adelante. Desde luego, cuando ya nos hubiéramos casado. Y siempre teniendo en cuenta la estabilidad laboral para poder darles una vida acomodada. Pero, en estas circunstancias, por mucha indemnización que me dieran, no me llegaría para los cinco años, por lo menos, que tardaría en encontrar un trabajo, tal y como estaba la situación laboral en España.

Al salir de la oficina, me puse a caminar sin rumbo fijo. Casi inconscientemente o, quizá, más consciente de lo que yo pensaba, mis pasos se dirigieron al otro lado de la calle a través de un paso de cebra. Justo hacia una puerta de cristal con un llamativo luminoso de color verde en forma de cruz.

Entré y me dirigí al mostrador.

—¿Me da un predictor, por favor?